

LA FIGURA DE LA AUSENCIA EN *THOMAS EL OSCURO*, DE
MAURICE BLANCHOT¹

The figure of Absence in *Thomas the Obscure*, by Maurice
Blanchot

Marcelo Percia
Universidad de Buenos Aires
instantesyazares@yahoo.com.ar

Resumen: La figura de la ausencia glosa *Thomas el oscuro* de Maurice Blanchot. Se presenta la ausencia como *eso* que posibilita y a la vez descompleta la representación. La ausencia en Blanchot impugna la civilización: anuncia la muerte del hombre o su retiro de la representación. ¿Qué significa retirarse de la representación? No se trata de irse a un desierto, sino de andar entre las cosas como por un pueblo sin habitantes o como por un set de filmación en el que la escenografía perfecta de una humanidad desaparecida deslumbra sin vida.

Palabras clave: **ausencia / desaparición / muerte / representación**

Abstract: The figure of absence glosses *Thomas the Obscure* by Maurice Blanchot. Absence is presented as *that* which enables representation and simultaneously ruins it. Absence in Blanchot challenges civilization: it announces the death of mankind or the retreat from representation. What does it mean to retire from representation? It does not mean going to a desert but rather travelling among things as if among a town without inhabitants or through a film set in which the perfect set design of a disappeared humanity dazzles lifeless.

Keywords: **absence / disappearance / death / representation**

¡glosa!

En una nota para la edición de 1950, Blanchot no llama a su libro *novela*, indica: “A las páginas tituladas *Thomas el oscuro*, escritas a partir de 1932, entregadas al editor en mayo de 1940 y publicadas en

1. M. Blanchot, *Thomas el oscuro*, trad. M. Arranz, Madrid, Pre-textos, 2002.

1941, la presente edición no añade nada, aunque como le suprime mucho puede decirse que es distinta, e incluso totalmente nueva, pero también totalmente idéntica.... No importa si se trata o no de un escrito de ficción, el lector se aferra a la creencia de que hay un relato, se toma de las pocas referencias que encuentra: los nombres de Thomas y Anne, el mar, un hotel, la noche, un gato, el *dato* de que Anne es una joven rubia que dirige tres preguntas a Thomas y que un médico la declara muerta. La maravilla de este libro es que provoca deseo de leer y de pensar. La pasión por la lectura es un acontecimiento sobrenatural, un entusiasmo que se trabaja y se dona: la lectura cultiva la espera de dar con un mensaje que nos está destinado. En Blanchot, la crítica no es cómoda impunidad que aprovecha un trabajo ajeno, sino celebración y estallido: alegría de un lector que festeja ideas que le llegan y explosión de argumentos que piden ser recogidos como si fueran sobrevivientes de un naufragio. El comentario no es una excusa para decir cualquier cosa a propósito de la ocurrencia de otro; si *mentar* es citar, tal vez *mentarse en otro* sea llegar a una cita, aparecer en los huecos de lo que no se entiende, en las palabras que sorprenden, en el instante *demente* en el que se asiste al hablar de lo inesperado.

me imputan desamor.

Si la presencia se aferra al instante, la ausencia parte desasida. Puede hacer bien aferrarse y puede hacer bien desasirse, pero *si* lo uno y lo otro, no lo uno sin lo otro. La cópula y la disyunción se requieren: la que une busca a la que separa, la que separa ansía a la que une. Si no fuéramos absorbidos por la representación, nos disiparíamos como vapor; prisioneros de la representación, falta el aire.

sin para qué.

Una obstinación sin convicción domina en Thomas, una insistencia abre sus ojos, hace que esté sentado, permanezca quieto, contemple el mar y se pregunte si podría nadar, elegir un itinerario, tener una sensación o, al menos, la impresión de tener una sensación. Sacudido por impulsos que incitan a nada, opta por acciones que casi no importan: sentarse, contemplar, permanecer, nadar.

Escribe Blanchot: *“Quizá le hubiera bastado dominarse para escapar a tales pensamientos, pero no viendo nada a lo que aferrarse, tenía la impresión de contemplar el vacío en busca de algún apoyo”*.

El desasimiento –que no es falta de interés o amor por las cosas, sino constancia de que no hay de dónde tomarse ni nada de qué sostenerse– dice: ¡Suelta las cosas, los nombres, los compromisos, las previsiones, estarás (igual a como estuviste siempre): en el aire, en la tierra, en el cuerpo que sangra, en las palabras!

¡abro todas las puertas!

La fuga persuade a Thomas de que puede escapar, alejarse de las cosas, confiar en la deriva. Resiste ante la voluntad de aferrarse a un fondo, afirma que el ancla es el peor de los anzuelos. La fuga ofrece algo más que burlar encierros: vislumbra una vida no capturada por la representación. Invita a Thomas a escurrirse de la idea de sí, a soltarse de la identidad que lo manda. La fuga augura ausencia: libertad de una existencia desalojada, anonadada, incomprendida².

¡no saldrás de mí!

“Luego, ya fuera a causa del cansancio o por alguna otra razón desconocida, sus miembros le produjeron la misma sensación de extrañeza que el agua en que se movían”.

Sólo las criaturas humanas expresan cansancio: ni el mar, ni el viento, ni el árbol, ni la hormiga, ni los pájaros, dicen: *estamos cansados*. Cuando el cuerpo duerme, la fatiga copula con la potencia. El cansancio es la extrañeza que sobreviene cuando faltan fuerzas: en ese estado se restablece el desconocimiento de lo que se tenía por conocido. No se es dueño del cuerpo que se *tiene*: no se manda sobre el corazón ni sobre las sinapsis de las terminales nerviosas, no se opina sobre el envejecimiento. La extrañeza, que suele cubrirse con sensaciones de pérdida o amenaza, es una rendija abierta para el asombro, aunque por la espléndida hendidura también ingrese la muerte: *Me siento extraño... ¿y si este fuera el signo de que me estoy muriendo y no me diera cuenta?* Thomas desconoce sus manos, no le pertenecen sus piernas, se siente en un cuerpo ajeno. El lugar de la mismidad deviene acceso de agua: cuerpo químico, sustancia líquida, humedad alborotada,

2. *Ausencia* no es lo mismo que desaparición: *ausencia* invita a la fuga de sí, mientras que *desaparición* (en la Argentina) es pesadilla de existencias secuestradas y aniquiladas. A propósito de Blanchot, Kaminsky piensa los desaparecidos como una presencia diferida de ausentados que no dejan de hablar entre nosotros. G. Kaminsky, *Escrituras interferidas*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

tempestad que inunda. El movimiento que lo piensa prefiere la niebla: gotas diminutas en contacto con una superficie posible.

¡chorlito!

“La embriaguez de salir de sí, de deslizarse en el vacío, de dispersarse en el pensamiento del agua, le hacía olvidar toda inquietud”.

Dejar de pertenecer a esa *asociación* que se llama Thomas, escapar al encierro de esa convicción, no responder a ese imperativo, sustraerse de esa necesidad que lo subyuga, rebosar más allá de esa idea que lo asedia. Salir de las casillas, del cauce social, de la órbita familiar, de la identidad personal: entrar en la ausencia, resquicio de sensaciones que fluyen desunidas, instante de ajenidad feliz. Perder la cabeza, no la burda decapitación; tampoco el miedo de volverse loco, serenidad de perderse. Entra en el sueño atestado de sí, cuando cierra los ojos, se desata un temporal: tumulto de fuerzas que se arremolinan, sale de allí con cabeza de agua. Thomas respira en la borra que queda entre los acabados de esa conciencia.

de tan apacible, aburrido.

La ansiedad contemporánea no es inquietud, sino nerviosismo petrificado: ante un examen, ante el sexo, ante el reloj. La quietud ansiosa de la identidad dice: *Soy el que soy, entonces debo serlo siempre*. La identidad difunde obligaciones, faltas, deudas, demandas. La identidad se parece al dinero: un papel que se exhibe, conserva, aumenta y, si no se lo tiene, se falsifica, roba o finge que no se lo necesita. El mar no duerme porque no necesita descansar de sí mismo. Tampoco hay ansiedad en el mar, sino inquietud, continuo movimiento³.

no me falta nada.

“Había en aquella contemplación algo doloroso, algo que era como la manifestación de una libertad obtenida por la ruptura de todos los lazos”.

3. Escribe Blanchot a propósito de la impaciencia de Orfeo: *“La impaciencia es la falta de quien quiere sustraerse a la ausencia de tiempo, la paciencia es la astucia que busca dominar esa ausencia de tiempo haciendo de ella otro tiempo, medido de otra manera. Pero la verdadera paciencia no excluye la impaciencia, es su intimidad, es la impaciencia que se sufre y se soporta sin fin”*. M. Blanchot, *El espacio literario* (1955), trad. V. Palant y J. Jinkis, Barcelona, Paidós, 1992.

Thomas es el nombre de una historia inacabada: cuando se dice que alguien *está acabado* es raro entender que está en su momento más logrado, más bien se sugiere que ha perdido encanto. Una de las figuras más asfixiantes de la imaginación humana es la de lo completo. Lo completo es un requisito de la finalidad: la finalidad tiene mentalidad de encierro. Lo completo consagra un Amo. La ausencia descompleta: empuja hacia el vértigo de la libertad.

no te sueltes.

Los lazos unen, sostienen, vinculan y, también, atrapan, aprietan el cuello, obligan. Así como el enlace es la ceremonia anhelada de una relación comprometida, el ideal del lazo es el animal doméstico. Blanchot narra qué pasa en Thomas cuando se suelta de los nombres curativos, de la trama de argumentos que lo poseen. La libertad le llega como hemorragia de un sosiego que se desvanece, el final de una ligadura, un reflejo fiel que lo abandona. Algunas marcas quedan incrustadas en un hueco. Thomas advierte agujeros en toda presencia: contemplando esas aberturas se inicia en la ausencia.

brillo en la oscuridad.

Estar ausente, pensar en nada, ver pasar las cosas desde la ventanilla de un auto que marcha por una ruta. Ausentes como logran estar las personas internadas en los psiquiátricos: inmóviles, invisibles, sostenidas por el tiempo que dura un cigarrillo, pero esas locuras aplacadas no son *la ausencia*. No lo son las marcas junto al nombre del que falta, ni el ausentismo de los que no van al trabajo, ni el apartamiento de alucinados, entristecidos y sobrevivientes. Tampoco son los ausentados por el terrorismo de estado. La ausencia en Blanchot impugna la civilización: anuncia la muerte del hombre o su retiro de la representación. ¿Qué significa retirarse de la representación? No se trata de irse a un desierto, sino de andar entre las cosas como por un pueblo sin habitantes o como por un set de filmación en el que la escenografía perfecta de una humanidad desaparecida deslumbra sin vida.

hasta que te falte el aire

Thomas sale del mar, entra en un bosque, se mete en una gruta: antes sumergido en el agua, ahora inmerso en la oscuridad, anegado

de noche, siente una pasividad semejante a la muerte. La pasividad convoca más a la falta que a la ausencia. La *falta de sentido* anuncia carencia, fracaso, hastío de las fuerzas, imposibilidad de dar o encontrar valor en algo; mientras que la *ausencia de sentido* invita a que el sentido advenga: hace lugar a su potencia⁴.

dice la paradoja: "Estoy ausente".

"...había en su manera de ser una indecisión que abrigaba algunas dudas sobre todo lo que hacía (...) Del mismo modo, cuando se puso a andar, daba la impresión de que no eran sus piernas, sino su deseo de no andar lo que le hacía avanzar (...) Le dominaba la sensación de estar siendo empujado hacia adelante por una renuncia a avanzar".

La ausencia no es indecisión, la ausencia acompaña a la decisión como sombra de lo indecible, como ímpetu liberado, empuje sin meta, sin progreso, sin voluntad: avance que renuncia a avanzar. La ausencia no se opone a la presencia, no la contradice, no la discute, no juega a las escondidas: la rodea de más allá.

doy paso a la luz.

"Su soledad no le pareció tan completa y tuvo incluso la sensación de que había tropezado con algo real que trataba de deslizarse dentro de él. Quizá habría podido interpretar esa sensación de modo distinto, pero no podía resistir la tentación de lo peor".

Una idea difundida en la sensibilidad contemporánea es la de un *dentro de sí*: con esa convicción se dice que alguien asiste a un diálogo interior o que tiene una interioridad. Las pupilas alojan árboles: los árboles no están en las pupilas, las pupilas no están en los árboles. La ausencia rescata del encierro del adentro y del encierro del afuera, posibilita habitar en el límite, vivir lindante⁵.

4. Blanchot propone el término *absens* que alude en francés a la ausencia de sentido (*absens*) y que se escucha fonéticamente como *ausencia* (*absence*). Tomo la observación de una nota de Margarita Martínez quien traduce la palabra *absens* retomada por Nancy como *au-sentido*. M. Blanchot, *La espera el olvido* (1962), trad. I. Herrera, Madrid, Arena, 2004. J.-L. Nancy, *La representación prohibida* (2003), trad. M. Martínez, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

5. Eugenio Trías recorre la historia de la idea de *límite* no como muro o frontera que separa o divide, sino como morada humana. Juan Carlos De Brasi suele observar que el límite no limita sino que ensancha. E. Trías, J. Aleman y S. Larriera, *Filosofía del límite e inconsciente. Conversación con Eugenio Trías*, Madrid, Síntesis, 2004. J. C. De Brasi, *Ensayo sobre el pensamiento sutil*, Buenos Aires, La Cebra, 2013.

me temen.

El abrazo alucina un cuerpo salvador, la tentación de atrapar o ser atrapado. Hasta el peor enlace confirma, lo penoso (su exceso y violencia) alivia la soledad. La confirmación, señala Hegel, enlaza al amo con el esclavo, unión que testifica el miedo a la muerte. Algunos dicen que el amor suaviza la soledad, otros que no se puede amar si no se aprende a estar solo: se la presenta como temida o deseada. La de la soledad es una limitada idea humana: se puede estar a gusto o a disgusto sin compañía (depende de cuánto se soporte la continuidad de sí), pero fuera del estrecho encierro de la mismidad, no hay soledad, sino vida siempre habitada.

soy lo que queda.

“El miedo se apoderó de él, un miedo que no se distinguía en nada de su cadáver. El deseo era ese mismo cadáver que abría los ojos y, sabiéndose muerto, ascendía torpemente hasta la boca como un animal tragado vivo”.

El miedo asume la forma de cadáver para que el deseo se retire de lo que se presenta como un cuerpo muerto. ¿Qué da tanto poder al miedo? El miedo dice: *Te prevengo: ¡Ojo...en cualquier momento viene la muerte!* La muerte admite: *Sí, morirás, como muere cada instante de vida, ¿por qué tanto drama?* El miedo dice: *Gracias a mí no te cazaré por sorpresa.* El miedo sugiere, posee, devora, como defensa mortífera: esos pensamientos respiran en el vientre de la noche.

“Los sentimientos, primero lo poseyeron, luego lo devoraron. Mil manos, que no eran más que su mano, oprimían cada trozo de su carne. Una mortal angustia le sacudía el corazón. Sabía que su pensamiento, confundido con la noche, velaba alrededor de su cuerpo”.

Los sentimientos si no se posan –para luego seguir en sus travesías históricas– en los cuerpos vivientes, tienden a enraizarse en ellos y succionar sus potencias. Esas mil manos eran sus manos no siendo las suyas, esos pensamientos era sus pensamientos sin pertenecerle.

¡no te pertenezco!

El llamado de lo ausente hechiza al deseo. Duele sentir la belleza que habita más allá de nuestra mínima presencia (y también alienta y consuela).

En sus *Lecciones de Estética* (1832-1845), Hegel piensa que el arte transporta una pregunta, una interpelación, un llamado íntimo a nuestro espíritu, mientras la naturaleza ofrece su belleza despreocupada, escribe que los pájaros resplandecen con sus hermosas plumas de colores aunque no los veamos y que el maravilloso canto no cesa aunque no lo escuchemos. Algunas flores se abren una sola noche y se marchitan sin ser admiradas “*en las soledades de los bosques del sur; y estos bosques mismos, trenzados de la más bella y exuberante vegetación, y mecidos en los más aromáticos olores, también se consumen y marchitan sin que nadie goce de ellos*”⁶.

para que descanses.

El mundo ya era inmenso cuando la vida humana lo volvió ilimitado habitándolo de ausencia. Dice la ausencia: *Soy la distancia que necesitas para que la continuidad absoluta de lo viviente no te pulverice.* Como el infierno sin parpadeos de la obra de Sartre. El amor dichoso con la presencia, se vuelve sabio cuando conoce la ausencia. El punto exacto en el que lo presente se toca con lo ausente se llama silencio, se llama deseo, se llama angustia. No se llama muerte porque, en ese caso, el maravilloso contacto ya no cuenta.

sin cortes.

Thomas vuelve al hotel para cenar: las conversaciones se mezclan, ante una pregunta responde que se ha bañado esa tarde, ocupa un sitio libre en la mesa, no puede dejar de mirar a Anne, una hermosa muchacha rubia. El barullo de los otros aturde a la vez que aplaca la incontenible presencia del mundo. ¿Qué es un mundo? Lo que estalla sin dominio, es decir: todo. Cuando ella lo llama decidida, Thomas no responde, no está seguro de haber oído su nombre, se refugia en la posibilidad de que ella no lo hubiese llamado, pero el ardid de simular estar fuera de su alcance no sirve para evitarla.

soy el verbo.

Thomas lee absorto en su habitación, las palabras lo atraen, lo respiran transidas de aire. Escribe Blanchot: “*...toda la extrañeza que*

6. G. W. F. Hegel, *Lecciones de estética*, trad. R. Gabás, Barcelona, Edicions 62, 1989.

había en ser observado por una palabra como por un ser vivo (...) las palabras se apoderaban de él y comenzaban a leerle”.

Entre esos animales acuáticos, Thomas, se vuelve líquido; esos tejidos flojos lo envuelven en un esqueleto poroso y elástico, se siente contenido o devorado. Absorto no es absorbido, sino perplejo: alojado y desalojado, sumergido y expulsado, sin interioridad ni exterioridad, en el límite.

una relación estrecha.

“Tenía que habérselas con algo inaccesible, extraño, algo de lo que podía decir: eso no existe, y que sin embargo, llenándole de terror, sentía errar en el ámbito de su soledad”.

La soledad no se completa, a veces se llena de terror, pero llenar no es completar. *Estar lleno* es una ilusión de la mismidad (lleno de vida, de miedo, de odio, de amor: pasiones que consumen o potencian energías). La existencia modula inexistencias, inflama el vacío. Abrazado a la nada experimenta una libertad espantosa, intenta huir. ¿No está preparado para la experiencia del vacío? ¿Asiste a un automático llenado de terror?

Ausencia no es la nada: ausencia es la nada curada de la exhortación del ser. El amor, si no cae en las redes de la propiedad, ama la ausencia. El abrazo amoroso no llena la soledad, la establece: fija sus fronteras⁷.

no soy organismo.

“Sus manos buscaron un cuerpo impalpable e irreal. Era un esfuerzo tan penoso que aquella cosa, que se alejaba de él y al alejarse trataba de atraerle, le pareció la misma que se acercaba extraordinariamente. Cayó al suelo. Tenía la impresión de estar cubierto de impurezas. Cada parte de su cuerpo sufría una angustia diferente. Su cabeza irremediablemente topaba con el mal, sus pulmones lo respiraban”.

Un todo indeterminado y desmentido por angustias que diseminan lo que parecía unido: manos privadas de la sensación del tacto, pies

7. Dice Lévinas: “*En Blanchot, ya no es el ser, ya no es ‘algo’, y es siempre preciso desdecir lo que se dice; es un acontecimiento que no es ni ser ni nada. En su último libro, Blanchot lo llama ‘desastre’, lo que no significa muerte ni infortunio, sino algo así como si el ser se hubiera desatado de su fijeza de ser, de su referencia a una estrella, de toda existencia cosmológica, un des-astro*”. E. Lévinas, *Ética e infinito* (1982), trad. J. M. Ayuso Díez, Madrid, Visor, 1991.

que no encuentran apoyos, oídos por los que pasan sonidos que evaden la percepción, escenarios de pensamientos que chocan. El cuello no soporta el tráfico de multitudes que transitan desde la cabeza al tronco y desde el tronco a la cabeza. Almacena veneno en la boca, los dientes se desprenden de sus raíces, los ojos parpadean perdidos en la oscuridad, los pulmones lo respiran⁸.

sin brillo ni luz.

“Su cuerpo, después de tantas luchas, se hizo completamente opaco, y, a aquellos que le miraban, daba la impresión apacible del sueño, aunque no hubiera dejado de estar despierto un solo instante”.

La cualidad de lo hermético, de lo que se cierra para no dejar pasar lo que nos afecta, es otra fantasía de la interioridad. Dice la opacidad: *Te protegeré, cubriré tus poros, haré que tu sensibilidad parezca dormida.* Thomas no conquista, en el desenlace de sí, el mundo apacible que espera. Una brusquedad lo sorprende, la violencia de lo extraño, lo invaden seres extravagantes, una pesadilla se resiste a la ausencia.

¡no seré fiel a nada!

Thomas no se vuelve oscuro, se abre a la oscuridad, igual que un gato ciego, un mirar sin mirada, la noche de la noche, ausencia como presencia plena y vacía⁹.

entrelazados en un solo cuerpo.

“Lo mismo que el hombre que se cuelga, después de haber empujado la banqueta que le servía de apoyo, última orilla, en lugar de sentir el salto que ha dado al vacío, no siente más que la cuerda que lo sostiene, resistiendo hasta el final, aferrado más que nunca, ligado como no lo

8. Blanchot escribe su texto antes de que Artaud propusiera la expresión “*cuerpo sin órganos*”; para Artaud la idea de *dios* enferma a las criaturas humanas tanto como la de *organismo*: dos órdenes aliados que someten a los cuerpos. A. Artaud, *Para acabar de una vez con el juicio de Dios* (1947), Madrid, Fundamentos, 1977.

9. Escribe Mónica Cragolini “*Hay una experiencia de la noche, de lo oscuro, que no quiere poner esta noche al descubierto; una forma de pensar que no es poder y comprensión apropiadora. Lo oscuro es lo que debe ser preservado, sin intentar develarlo, lo que debe ser amado como tal*”. M. Cragolini, “Temblores del pensar: Nietzsche, Blanchot, Derrida”, *Pensamiento de los Confines*, n° 12, Buenos Aires, Diótima-Paidós, junio de 2003.

ha estado jamás a la existencia de la que quisiera liberarse, también él se sentía, en el momento en que se sabía muerto, ausente, completamente ausente de la muerte”.

Cuelga de una cuerda pasada alrededor de su cuello, más sujetado que nunca, suspendido sin voluntad, pende impaciente, de un hilo. Ese lazo le impide huir de sí. No puede escapar a lo que lo dobliga, no le es posible caer, está rodeado de un hueco que lo repele, asfixiado de identidad. Thomas no puede respirar la ausencia, se ahoga.

la gravedad no me somete.

“Sobrecogido por un vértigo de una violencia inusitada, vértigo que no le hacía caer sino que le impedía caer, volviendo imposible la caída a la vez que inevitable...”.

Retorno del mundo que gira, velocidad concentrada en el instante, equilibrio descontrolado, momento en el que los sentidos saltan fuera de la cabeza como si se tratara de un barco que se está hundiendo. Salto al vacío sin golpe final contra el empedrado: si fuera posible una caída que ascienda, así, alcanzaría la ausencia.

apenas un cómplice.

Anne es inevitable para Thomas, cuando se acercan parece que él la envuelve de silencio, inmovilidad, oscuridad (él la envuelve ¿o el silencio, la inmovilidad, la oscuridad, envuelven a Thomas alrededor de la presencia de esa mujer?), parece que la envuelve con un cuerpo que no tiene, un cuerpo prestado, un cuerpo desconocido en el que tiembla, un cuerpo en el que late un corazón falso, parece que la envuelve por accidente, por error, porque sí. La rodea de una espesura opaca que abraza. Cuando los brazos se extienden alrededor de un cuerpo, sienten su contextura y su respiración, pero rodean también la ausencia: ausencia como lo que no se abraza en el abrazo, como lo que no se ciñe ni circunda, como eso que hace que el abrazo se repita una y otra vez como empecinada constatación de lo que separa.

hilando la baba.

“La vio venir por el camino como una araña idéntica a la joven, entre los cadáveres desaparecidos y los hombres vacíos: se paseaba en el mundo desierto con una tranquilidad extraña, última descendiente de

una raza fabulosa. Caminaba con sus ocho enormes patas como sobre dos delgadas piernas”.

Anne lo arranca de la nada, a la vez que lo pone ante ella; lo sustrae del peso de ser, a la vez que lo sumerge. Ella es ella y es la nada y es la ausencia. Anne avanza incubando el camino: “*Extrayéndolo de sí misma como hilo invisible*”. Bebe el espíritu doloroso en Thomas, atraviesa la sombra, lo ama.

te toco aunque no existas.

Anne vive días dichosos, una felicidad calma, una ternura dulce, un estado de confianza, sin peligro, sin riesgo, sin precaución (¿ella vive o la dicha, la felicidad, la ternura, la confianza, viven en ella?). Anne ama a Thomas, imprudente, desesperada, solitaria, lo ama sin acercarse (¿ella lo ama o el amor se apodera de la fuerza que la habita haciéndola amar?). Lo ama, desprendida, no espera a que él hable. Se ama en el otro la presencia (eso conocido y reencontrado) y se ama en el otro la ausencia (eso que no se conoce, que no se parece a nada, que no se sabía que se deseaba).

no encuentro el fondo.

“De un momento a otro podía preverse, entre aquellos dos cuerpos ligados tan íntimamente por lazos tan frágiles, un contacto que revelaría de una manera espantosa la debilidad de sus vínculos. Cuanto él más se retiraba al interior de sí mismo, más irreflexivamente avanzaba ella”.

¿Qué aproxima a los amantes? Ninguna razón tendría más consistencia que la del frío en los pies. La fragilidad puede ser un lazo indestructible, los vínculos son débiles porque no son vínculos: son proximidad entre distancias irremediables. Los amantes se desconocen, no necesitan conocerse para amarse. El conocimiento decepciona, difiere el amor. La pasión se entiende con lo incierto, con lo nunca conquistado, con lo que no se alcanza, con lo que se desprende, con lo que escapa, con lo que vuelve a llegar, otra vez extraño, a cada cita.

no será fácil deshacerte de mí.

Las preguntas de Anne a Thomas: ¿eres tú? En el fondo, ¿quién puedes ser? Pero, ¿quién eres?, son obstinaciones de un error. Una confusión lleva a pensar que el otro es inaccesible porque es ajeno: el otro es inalcanzable porque *es irreductible*. Al abrazar ese cuerpo

que se entrega como cuerpo que se da, como cuerpo que se ofrece a acariciar, a besar, a apretar, ese cuerpo no se alcanza como existencia, sino como ausencia.

La de la posesión del cuerpo es una de las obsesiones de dominio más persistentes de la civilización humana: es posible adueñarse de la fuerza *de* otro, atraer *sus* anhelos, doblegar *su* voluntad, incluso se puede encerrar, torturar y matar; pero la posesión del cuerpo que habita una vida sólo es posible en la íntima mentira amorosa.

No interesa saber si entre ellos hay contacto, el encuentro auténtico y pleno es una simplificación; tampoco importa conocer quién es el otro, podría ser un dios, un astro, un pájaro, la sombra de una personalidad. La fuerza del amor libera potencias secuestradas por otros poderes que las gozan. Anne salta con los ojos vendados: cae rozando la ausencia en esa caída.

¡la más bella soy yo!

Una cosa es el trabajo de la seducción que teatraliza lo que otro desea y otra es el olvido de sí que practica la ausencia: si la seducción colecciona trofeos, el amor no se queda con nada.

Olvido de sí no significa renuncia o sacrificio de quien, por cariño, se pone en segundo lugar (la acción bondadosa de amar a otro más que a uno mismo suele ser coartada generosa del amor propio). *El olvido de sí* es una deserción de la memoria personal: abandono de una vida reducida a los homenajes del yo. El amante practica la ausencia, pero no porque se vaya o no se comprometa, sino porque se desprende de sí, se desentiende de la propiedad, del interés, de la meta. Ama sin razón ni fundamento un cuerpo plural (que no es cualquiera): una decisión golpea la escarcha de lo mismo. Una decisión hecha de ausencia, como pone a la vista Buñuel en *Tristana* (1970): la pareja se encuentra en medio de un conjunto de columnas idénticas, la mujer pregunta al hombre: “¿Cuál te gusta más?”, a lo que él responde: “*Pero, si todas son iguales*”; entonces, ella concluye: “¡A mí me gusta ésta!”, señalando la más hermosa.

yo te designo.

Anne no sabe nada de la vida de Thomas, el muchacho permanece anónimo, privado de historia. La vida de otro es otra vida, la posibilidad de que la vida siempre puede ser otra vida.

sentirás sólo una brisa.

“Sí, dijo ella, quisiera verte cuando estás solo. Si al menos pudiera encontrarme ante ti, completamente ajena a ti, tendría alguna oportunidad de reunirme contigo. Pero en cambio sé que no te alcanzaré nunca. La única posibilidad de disminuir la distancia sería alejarme infinitamente. Aunque estoy infinitamente lejos y no puedo alejarme más desde el momento en que te toco...”

Anne sabe que sólo encontrándose ajena (no como si fuera otra, sino sin pertenecer a una imagen de sí) podría encontrarse con Thomas. La ausencia toca la cercanía y la distancia: cuando toca la cercanía, la inunda de distancia y cuando toca la lejanía, la inunda de proximidad.

abro tu boca, sello tus labios.

“Hablar, sí, podía ponerse a hablar, con el mismo sentimiento de culpabilidad de un cómplice que traiciona a su compañero, no ya confesando lo que sabe –pues no sabe nada–, sino confesando lo que no sabe, pues no había manera, para ella, de decir nada que fuese verdad o que tuviese apariencia de serlo; y sin embargo, lo que decía, sin hacerle entrever por ningún resquicio la verdad, sin darle en compensación la menor luz sobre el enigma, la encadenaba tan fuertemente, más fuertemente quizá que si hubiera confesado la intimidad de las cosas secretas”

Se finge un enigma para suponerse causado por algo. No importa lo que se dice, sino la fuerza del decir que nos encadena a una voz que habla. Se busca cualquier cosa: un motivo, una razón, un accidente, una excusa, una mentira, una moneda debajo de la cama. Una de las acciones humanas más imaginativas es la de buscar una salida. La civilización es un encierro: las criaturas vivas que hablan prisioneras de una lengua, buscan un escape en las palabras. Algunos sonidos abrazan, otros aman, son los mismos que también desprecian y rechazan.

¡habla por mí!

El analizante, a veces, participa del estado que imagina Blanchot: relata lo que le pasa como circunstancias de un personaje del que, sin embargo, no sabe casi nada; habla para corregir esa fatal ignorancia. Se traiciona, pero no porque dice lo que debería callar, sino porque, de pronto, deja de ser fiel a lo que creía conocer, comienza a hablar falto de exactitud de lo que no sabe. Entonces, se encuentra, de a poco, ante extrañezas que se aposentan en su voz: repentinamente escucha

ausencias en esas palabras que pretenden representarlo. El analizando habla, habla, habla, ¿se estrella contra lo incomunicable? No, ni siquiera se estrella, no tiene el consuelo del golpe, se disuelve en lo incomunicable, sigue hablando sabiendo que no habrá de comunicar nada; entonces, se narra lo inexpresable, lo indecible, lo que muda mientras lo está diciendo. La figura que, a veces, ocupa el lugar de sujeto en un psicoanálisis es la ausencia¹⁰.

estoy hecha de todo lo que existe.

“Después, de repente, entró con un fragor de tormenta en una soledad hecha de la supresión de todo espacio y, desgarrada violentamente por la exhortación de las horas, se descubrió [...] Pasó a través de extrañas ciudades muertas donde, en lugar de formas petrificadas, de circunstancias momificadas, encontró una necrópolis de movimientos, de silencios, de vacíos; tropezó con la extraordinaria sonoridad de la nada que está hecha del anverso del sonido y, ante ella, se extendieron ruinas admirables, el sueño sin sueños, el desvanecimiento que entierra a los muertos en una vida de ensueño, la muerte por la que cada hombre, hasta el espíritu más débil, deviene el espíritu mismo”.

La exhortación de las horas: compulsión de llenar el tiempo. Se puede llenar una vida de ocupaciones, pero el tiempo no se llena. Anne permanece despierta en el interior de un sueño. Esa ausencia sonora no es la muerte, tal vez sea un mensaje de la aparente quietud de las cosas. El deseo helado en el perímetro de los animales de cristal¹¹.

¡soplo!

“...Añadir indefinidamente la ausencia a la ausencia y a la ausencia de la ausencia, y a la ausencia de la ausencia de la ausencia, y así, con esa máquina aspirante, hacer desesperadamente el vacío”.

Un vacío desesperado de ausencia. La ausencia de la que habla Blanchot no es coartada de la esperanza. No es ausencia que aguarda que llegue algo reparador. Tampoco es agregado, suma, aumento, de ausencias; es una ausencia aspirada mediante otra ausencia produci-

10. En la reunión del 27 de junio de 1962, del seminario sobre *La identificación*, Lacan lee en voz alta fragmentos de *Thomas el Oscuro*, anuncia que Blanchot abre allí un camino, aunque no sigue por ese sendero.

11. Tennessee Williams estrena *El zoo de cristal* en 1944, en Chicago.

da en ella misma: ausencia anegada de ausencia. La ausencia dice haber estado antes que la presencia y que la sobrevivirá mucho después.

¡sostengo tu vida, la fijo a algo!

“Anne tomó conciencia de la locura de su tentativa. Todo lo que había creído suprimir de ella, tuvo la certeza de volver a encontrarlo tal cual. En aquel momento supremo de absorción, reconocía en lo más profundo de su pensamiento un pensamiento, el miserable pensamiento de que ella era Anne, la viva, la rubia y, oh horror, la inteligente. Las imágenes la petrificaban, la concebían, la producían”.

Horror de vivir esclava de un repertorio de atributos, su tentativa loca de huir, el delito de la ausencia que no alcanza. El cometido de absorber las imágenes de piedra que la aplastan: hacerse, con ellas, otra vez aire. Las figuras que nos gobiernan echan raíces en nuestra existencia, hasta el punto de que no es posible imaginar una existencia sin esas figuras. Esas figuras gozan de nuestras vidas: mueven los hilos del entusiasmo y encienden o apagan el deseo. Así como no hay vida humana sin lenguaje ni imaginario, no hay deseo exento de vivir cautivo de fantasmas.

sin carga, sin peso, sin adentro.

Anne vuelve en sí privada de habla: sumida en la pasividad, el mutismo, la inmovilidad. Prueba vivir ligada al silencio, expulsada del alboroto de las palabras. ¿Qué sabe el ojo que mira en el espejo de ese espacio ocioso que cree su cuerpo? Un misterio encerrado en la ausencia de misterio.

Blanchot dice que erra *“alrededor de su persona como una forma ciega”*. Relata así la ausencia: *“...alejada de sí misma, donde no había ni riqueza ni plenitud, sino sopor de una melancólica saciedad, la certidumbre de que no sobrevendría ningún otro drama más que en el transcurrir de un día donde se ahogaban esperanza y desesperanza, la inútil espera convertida, como consecuencia de la supresión de todo fin y del tiempo mismo, en una máquina cuyo mecanismo tenía por única función medir, en una exploración silenciosa, el movimiento vacío de sus diversas piezas”*.

¿Qué lugar el de la lejanía? Anne no toma distancia de Thomas, alejada quiere decir apartada de sí. No accede a un espacio de riqueza o plenitud, abundancia de las cosas que se poseen o apogeo de lo que se completa; alcanza el sopor: somnolencia de una existencia que descan-

sa de la representación. Habitante de un transcurrir sin esperanzas ni desesperanzas: espera silenciosa de un movimiento vacío.

sin tu frescura

Ausencia no es muerte: la muerte mata, mientras la ausencia habita, vive, encanta lo presente. Anne agoniza, marcha hacia un reposo profundo. Se abre ante ella la morada callada. Moribunda, intenta entrar en su muerte a través del don de un ser más efímero que ella: pide las flores que le gustan para verlas declinar, marchitarse, morir, ante sus ojos.

nadie me tendrá, nunca.

“Y así, en el fondo de ella misma, muerta y enterrada, se formó la pasión más profunda. A los que lloraban por ella, fría e inconsciente devolvía centuplicado lo que le habían dado, consagrándoles el presentimiento de su muerte, su muerte, el sentimiento, nunca tan puro, de su existencia en el torturado presentimiento de su inexistencia”.

No se entiende de qué modo una muerte se da a los que están vivos. Anne no desaparece con su muerte, su inexistencia inapelable se ofrece como presencia. Confinada a lo ya sido, adviene compañera inseparable. Anne entrega la espera, Thomas la recibe como ausencia viva. Al amor se le concede toda su potencia con la muerte de la persona amada. Muerta Anne, Thomas puede amarla sin ninguna pretensión de tenerla: ama su ausencia.

se escabullen sin valor.

“Por primera vez elevaba a su verdadero significado la palabra entregarse: ella entregaba a Anne, entregaba mucho más que la vida de Anne, entregaba, don último, la muerte de Anne”.

Invisible, evanescente, declinante, no muere para sí misma sino para Thomas. El goce y la moral huyen de un cuerpo muerto, el deseo y la angustia permanecen como estuvieron siempre: soportando el límite.

“El médico se inclinó y creyó que moría según las leyes de la muerte, sin ver que había alcanzado el instante en el que eran las leyes las que morían en ella”.

hacia donde sea.

Cuando Anne estuvo muerta, Thomas no abandona la habitación, decide hablar como si los pensamientos tuvieran alguna posibilidad de ser oídos. Anne *está toda* en sí misma, está muerta. Anne *está no toda* en sí misma, está en ausencia. Habla para ella que está, como no estuvo nunca, presente en estado de muerta. Un hablar emocionado en el que dice algo único que sella una cercanía casi absoluta: evocación del que no está, del que no puede escuchar y que, sin embargo, adviene en un acto pleno de proximidad.

Se ha sugerido que la experiencia de un psicoanálisis se parece a la de hablarle a un muerto, conviene decir que, por momentos, en un psicoanálisis se habla porque sí, en una cercana soledad, sin esperanzas de que algo sea escuchado¹².

todas las mañanas.

Piensa Thomas: “*Pues morir había sido su astucia para dar a la nada un cuerpo. En el momento en que todo se destruía, ella había hecho lo más difícil, y no es que hubiera extraído algo de nada, acto sin consecuencias, sino que había dado a la nada, en su forma de nada, la forma de algo*”.

Dar a la nada un cuerpo sugiere *des-nacer* y volver otra vez a la nada; extraer algo de la nada parece un alarde de magos y alquimistas; dar a la nada algo propone dar la muerte como último sentido del sinsentido de la vida humana.

No se trata de la trascendencia de un cuerpo que será cenizas, que será polvo (*polvo enamorado* gustaba decir a Quevedo), ni de la creatividad que puede hacer de los seres humanos pequeños dioses, ni de la muerte como sacrificio de los héroes. Tampoco se trata de la soledad que, al cabo, es la ilusión de ser dueño de una isla desierta. La más ingeniosa astucia humana no fue humanizar la muerte, sino concebir la ausencia.

me alojo donde no resido.

Thomas piensa de sí: “*Tan naturalmente como los hombres creen vivir, aceptando como movimiento inevitable la sucesión del aliento y*

12. Lacan aprovecha el lugar del muerto en el juego del bridge para ofrecer una imagen del lugar sin lugar del analista en un psicoanálisis.

la circulación de la sangre, dejaba yo de vivir. Recibía la muerte de mi existencia y no de la ausencia de existencia”.

La ausencia no es una alegoría de la muerte. Una cosa es la muerte (final de toda posibilidad) y otra es la ausencia (comienzo de todo lo posible). La muerte, la mudez, la soledad, no son ausencia, la ausencia traspasa la muerte, la mudez, la soledad. La muerte hace de alguien un resto sin vida, la ausencia hace en alguien un vacío por vivir.

*dice la existencia: Tengo vida.
dice la vida: Nadie me tiene.*

Thomas escribe en las paredes de la gruta: “Pienso, luego no existo”¹³.

O se dice a sí mismo: “Pienso: allí donde el pensamiento se me añade yo puedo sustraerme del ser, sin disminución ni cambio, por una metamorfosis que me conserva a mí mismo fuera de todo refugio donde ocultarme. Esta es la propiedad de mi pensamiento, no ya de asegurarme de la existencia, como todas las cosas, como la piedra, sino de asegurarme del ser en la nada misma y convidarme a no ser para hacerme sentir así mi admirable ausencia. Pienso, dijo Thomas, y aquel Thomas invisible, inexpresable, inexistente en que me convertí, hizo que en adelante no estuviera nunca donde estaba, y ni siquiera en eso hubo nada de misterioso. Mi existencia se hizo por completo la de un ausente que, a cada acto que yo ejecutaba, producía el mismo acto pero sin ejecutarlo”.

La existencia no se piensa, se está en la existencia, se la vive; tampoco la existencia se ausenta, acontece como obstinada presencia. Thomas está ausente y, sin embargo, no oculto; sustraído y, sin embargo, no negado. Fuera de todo refugio, presente en la intemperie: convidado de ausencia. Thomas, antes de Anne, andaba como un condenado, como diría Blanchot, *cerrado en su inmanencia*. Thomas encuentra la ausencia en la intimidad de la muerte de Anne, Thomas alcanza su presencia ausente. Anne muerta, lo pone ante una irreductible presencia en ella.

El amor espera al amante que sea capaz de amar a alguien que sea diferente de sí, ese amante deseado sería un practicante de la ausencia, un desentendido de cualquier interés. La diferencia es una extrañeza, *el no sé qué* que porta la persona amada; ese *no sé qué* que, al principio

13. Miguel Morey lo llama *el cogito blanchotiano*. M. Morey, “No más bien entonces”, *Anthropos*, n° 192-193, Barcelona, 2001.

se llama encanto o misterio, al tiempo se sabrá que no es nada. La vida de otro es otra vida: esa posibilidad es todo lo que cuenta. Cuando esa posibilidad se pierde, adviene el horror de lo mismo, abismo de lo idéntico. El amor sabe que el misterio consiste en la ausencia.

no me fijo en nada.

“Ella perseguía locamente aquel misterio; me destruía insaciablemente. ¿Dónde estaba yo para ella? Yo había desaparecido y sentía cómo se concentraba para arrojarse en mi ausencia como si fuera su espejo. En adelante allí estaba su reflejo, su forma exacta, su abismo personal”.

Anne es la posibilidad de ser visto, antes de existir y todavía cuando ya no existe, es mirada que continua viéndolo en ausencia. Anne es una existencia requerida para aparecer desapareciendo.

no cuento una historia, evito el lugar común.

Thomas es un personaje, es decir, una ausencia que finge una cierta presencia para comenzar a desaparecer a partir del frágil punto en el que convoca la atención del lector. Una cierta presencia es la plataforma de despegue que requiere la ausencia. Esa ausencia de ser que narra Blanchot no es la muerte, la ausencia llama a lo vivo, a lo que ama, a lo que desea.

¡soy el exceso que brota de lo que falta!

Blanchot piensa el amor como comunidad de ausencias (no de ausentes). El ser se presenta como insuficiencia, pero esa carencia no demanda ser completada. Escribe: *“El ser, insuficiente, no busca asociarse a otro para formar una sustancia de integridad. La conciencia de su insuficiencia viene de su propio cuestionamiento, el cual tiene necesidad del otro o de algo distinto para ser efectuado. Solo, el ser, se cierra, se duerme y se tranquiliza. O bien está solo, o no se sabe solo más que si no está”.*

Esa insuficiencia no busca algo que le ponga fin, es una carencia que se intensifica a medida que se colma. Una insuficiencia no hecha para ser satisfecha. El ser para Blanchot no busca ser reconocido sino impugnado. Esta idea narra la tensión entre insuficiencia e integridad, entre impugnación y reconocimiento. Los amantes no se asocian, ni se unen, ni se relacionan, ni se vinculan, ni se conectan, ni se enlazan, ni

se rozan; los amantes se esperan en una cita a la que no llegan: aman esa común ausencia¹⁴.

¡sin fecha, sin hora, sin lugar: allí estaremos!

Escribe Blanchot algo que podría decirse para Thomas: “...*va, para existir, hacia lo otro que lo impugna y a veces lo niega, con el fin de que no comience a ser sino en esa privación que lo hace consciente (éste es el origen de su consciencia) de la imposibilidad de ser él mismo...*”¹⁵

Blanchot piensa *lo Oscuro*, no como cualidad de lo falto de luz, sino como acogida de la noche; la ausencia, no como lo que se retira o no concurre, sino como presencia de lo que no se alcanza; el amor, no como hallazgo de lo que se posee, sino como intervalo de soledades que comparten lejanías que crecen. Piensa la ausencia como nostalgia de lo que no se tuvo, de lo que no se tendrá, de lo que se tiene sin fin.

sin sustancia.

Anota Blanchot: “*Sin duda escribir es renunciar a tomarse de la mano o llamarse por nombres propios, y a la vez, no es renunciar sino anunciar lo ausente acogiéndolo sin reconocerlo; o bien, mediante las palabras en sus ausencias, estar relacionado con lo no recordable, testigo de lo no probado, respondiendo no sólo al vacío en el sujeto, sino al sujeto como vacío, su desaparición en la inminencia de una muerte que ya tuvo lugar fuera de todo lugar*”¹⁶.

El lugar de sujeto como vacío es una idea difícil de soportar para la cultura occidental. La razón no concibe una extensión sin horizonte, pero la ausencia imagina algo siempre posible más allá del límite.

14. Blanchot retoma una idea de Bataille a quien conoce en 1940, tiempos de *Thomas el oscuro*.

15. M. Blanchot, *La comunidad inconfesable* (1983), trad. I. Herrera, Madrid, Arena, 2002.

16. M. Blanchot, *La escritura del desastre* (1980), trad. P. de Place, Caracas, Monte Ávila, 2002.